

HERNÁN LUZURIAGA, *ALGÚN DÍA DESPERTARÁS*

Nuria Gómez Belart*

DATOS DE LA OBRA

Luzuriaga, H. [pseudónimo de M. Iribarren] (2012). *Algún Día Despertarás*. Buenos Aires: Final Abierto. ISBN: 978-987-28470-1-2.

EL HOMBRE, EL AUTOR, EL PERSONAJE

Algún día despertarás es una novela con rasgos autobiográficos escrita por Mario Iribarren, escondido tras el pseudónimo de Hernán Luzuriaga.

Iribarren es un conocido traductor de las obras de H. Bruce Franklin (*Vietnam y las fantasías norteamericanas*, 2011, y *War Stars*, 2012) y un apasionado estudioso de escritos sobre Trotsky. Si bien se dedica a la escritura, es psicólogo y su especialidad se orienta al análisis de problemas de adquisición del lenguaje en segundas lenguas.

En *Algún día despertarás*, desdibuja los límites entre la ficción y la realidad ya desde la propia firma, puesto que Hernán Luzuriaga, como autor, es también una ficción. De todas maneras, Iribarren deja pistas suficientes como para que se encuentren puntos de contacto entre el autor y el hombre que escribió esta novela, tales como la coincidencia en la raíz vasca de ambos apellidos, así como en la cantidad de caracteres que los componen.

Sobre Luzuriaga, en un prólogo inédito (Riveira Blanco, 2012), se dice que nació en 1968, en París, ciudad adonde se exiliaron sus padres tras el derrocamiento de Arturo Illia. Vivió allí la primera infancia, pero Buenos Aires fue la ciudad de los recuerdos, la tierra de su familia. Sus padres intentaron formarlo con el espíritu y los valores de quien ama las propias raíces, y para ellos, su país fue siempre la Argentina. Finalmente, retornaron a mediados de los años ochenta.

Se cuenta que, a partir de ese momento, Luzuriaga comenzó a escribir en periódicos deportivos y, poco a poco, se enamoró de las letras e inició el camino por el mundo de la Literatura.

*Licenciada en Letras y Correctora Literaria por la Universidad del Salvador (USAL). Tiene a cargo las cátedras de Literatura Argentina y de Lingüística General de la USAL en la sede de Ramos Mejía y también dicta Lingüística General en la sede de Pilar. Correo electrónico: nuriagomezbelart@gmail.com *Gramma*, XXIII, 49 (2012), pp. 356-364.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Cuando se describe la calidad de esta obra, Riveira Blanco plantea lo siguiente:

Luzuriaga escribe en la mejor tradición local, como Arlt, Cortázar y Puig; [...] es costumbrista, sin caer en el pintoresquismo. Me atrevería a decir que esta novela es, si se me permite el anacronismo, una digna continuación de *Boquitas Pintadas* (2012, párrafo 13).

En la cita, pueden hallarse los maestros literarios de Iribarren (y de Luzuriaga) y, en especial, las obras de Manuel Puig que son claves para comprender esta novela, sobre todo, *La traición de Rita Hayworth* (1968) y *Boquitas Pintadas* (1969).

Como ya se dijo, Iribarren suele dejar pistas para que el lector establezca ciertas asociaciones. En *Algún día despertarás*, las iniciales del nombre del protagonista coinciden con las del autor de sus más importantes hipotextos: M. P.

La historia de Martín Paredes, quien pierde a su padre a los ocho años, se define como una *Bildungsroman*, una novela de aprendizaje. Se trata de un niño que descubre su sexualidad en el contexto de un entorno tradicional que no está preparado para lo desconocido. Los prejuicios, los temores, los *quédirán* son una constante en boca de los personajes que lo rodean.

Si bien el centro de la historia es el trayecto que debe recorrer este niño para llegar a convertirse en un hombre, existe otra, paralela, cuyo perfil es interesante: la madre de Martín, Cecilia, debe aprender a vivir con la idea de que su hijo mayor está en otro continente, que su hija quedó embarazada antes de contraer matrimonio y que su hijo menor no va a formar una familia en los términos en los que ella se lo imaginaba.

La maravilla de este personaje reside en los planteos existenciales que se manifiestan en monólogos interiores, en cartas y en diálogos que mantiene con sus hijos —muchas veces, soliloquios, pues no siempre está esperando una respuesta más allá de la escucha, del sentirse acompañada—.

Estructurada en dos partes, la novela da cuenta de cómo era la vida cotidiana en la Buenos Aires de los años setenta. En la primera parte, se plantean los grandes conflictos de la infancia de Martín, y en una suerte de puesta en abismo, la rebeldía de sus hermanos, quienes ya estaban consolidando sus identidades de adultos. Todos los personajes son movilizados por la muerte del padre, hecho por el cual la madre de Martín sufre una gran depresión y debe tratarse con una cura de sueño.

La segunda parte está signada por los ideales de un adolescente. Martín ha crecido, y comienza el camino de afirmación de su identidad en la ciudad de La

Plata, adonde ha ido para estudiar. El clima y el tono de la novela cambian porque son los amigos y las relaciones con el entorno los que mueven al personaje en esta nueva etapa.

El vínculo con Cecilia, ahora a la distancia, también se transforma. Ella vuelve a entrar en crisis, puesto que sus hijos no están transitando el camino que esperaba que hicieran; de todos modos, los lazos de amor en esta familia son sólidos, y gracias a la fortaleza que los une, cada uno de los personajes puede salir adelante.

EL ESPEJO ROTO DE UN PUEBLO

Así como Manuel Puig recrea su pueblo natal, General Villegas, con el nombre de Coronel Vallejos en su primera novela, la historia de la familia Paredes se desarrolla en General Villarino, un pueblo ubicado en la Provincia de Buenos Aires que, en realidad, no puede ser detectado en los mapas, aunque por los personajes, se sabe que está cerca de Junín y de O'Brien. Se trata de una de las invenciones de Mario Iribarren, quien también se crio en una ciudad pequeña, Los Toldos.

La novela comienza con un recuerdo:

Íbamos los domingos en nuestro auto a O'Brien, a pasar películas en el cine local, y escuchábamos los partidos de fútbol, transmitidos a toda velocidad, como si la voz del relator fuera un remolino de palabras, que se entrechocaban unas con otras, mientras avanzábamos arrolladores, por el camino de tierra, con dos estelas de polvo que salían disparadas de las ruedas traseras. Mirábamos, de cuando en cuando, a izquierda y derecha, para ver una bandada de garzas retozando al sol, o emprendiendo el vuelo, mientras los cuises corrían a esconderse en una carrera alocada, escapando del bólico blanco que irrumpía vomitando tierra, y del torbellino de la voz metálica que desbordaba por las ventanas abiertas y hacía espantar también a los teros adormilados sobre los alambrados [...].

El vértigo era mayor cuando fijaba la vista en la estela que venía pegada a nuestros talones. Me invadía un suave mareo, pero no podía apartarme del caleidoscopio marrón que se agitaba más allá de la luneta trasera (Luzuriaga, 2012, p. 9).

Esta imagen sugiere otro homenaje a Puig en lo que se refiere a la cuestión del cine, pero también da cuenta de las rutinas típicas de la vida de pueblo —como el cine de los domingos— y de las distancias que deben recorrerse para conectarse con otro poblado. Los habitantes de Villarino viven aislados y, por esa razón, es fundamental en la obra, el contraste entre el mundo interior y el mundo de las apariencias.

Para recrear este contraste, el autor apela a la fragmentación del discurso y a la polifonía. Se alternan descripciones, monólogos interiores, diálogos, cartas, textos interpolados, citas de textos académicos sobre homosexualidad, etcétera. Cada fragmento compone parte de la realidad de ese pueblo, como un espejo roto, en el que los personajes ponen en evidencia su propia visión de la vida. La unión de todos los fragmentos, sumada a los hechos históricos que intercala para contextualizar la narración, permite que el lector comprenda la novela, sin que se le imponga una postura: Luzuriaga sólo muestra.

FOTO DE FAMILIA

Si bien en la obra confluyen diversas problemáticas que afectan la vida de los personajes desde múltiples perspectivas, resulta particularmente atractivo el conflicto que se desarrolla en el seno familiar.

Apenas iniciada *Algún día despertarás*, el lector descubre que, dentro de la familia, se guardan secretos: algunos, triviales; otros, no tanto. Uno de ellos es que Juan José Paredes, el padre de la familia, continúa fumando a escondidas de su esposa, pero Cecilia encuentra los cigarrillos:

¿Qué es esto que hay acá en el bolsillo interior de la campera? Dos cigarrillos todo estrujados... no lo puedo creer... pero si dejé de fumar hace años... aparte él sabe que no puede fumar bajo ningún concepto... [...] ¡Dios mío! ¡no puedo creer que me mienta en forma tan estúpida!... (Luzuriaga, 2012, p. 15).

El padre de Martín sufre del corazón y no se cuida a sí mismo. Aparecen cartas en las que se manifiesta la gravedad de su padecimiento, pero Juan José —el «Cholo»— no entra en razones.

El 26 de noviembre de 1975, llega al consultorio del cardiólogo «levemente indispueto», acompañado de su mujer y de su hermano, y, en la sala de espera, se desploma. Lo llevan a la Clínica Junín, y allí, muere.

El corazón del Cholo, rojo intenso, había dejado de latir hacía casi un día ya y, con el paso de las horas, la sangre en su interior se había coagulado, adoptando tonalidades amarronadas. Dentro de una semana, no quedaría de su corazón rojo sangre más que un órgano putrefacto que iría tomando colores violáceos. Con el correr de los días, sólo quedará en su lugar un bulto negro (Luzuriaga, 2012, p. 26).

Aunque el padre ha fallecido, su presencia en la novela es constante. Todo el tiempo, los personajes lo recuerdan, piensan qué habría hecho en una situación así, lo extrañan y lo necesitan.

Con su muerte, se desatan los conflictos y Cecilia cae en una profunda depresión, tal como se dijo anteriormente. Resulta llamativo que, en esta primera

parte de la novela, aparezcan tantos médicos. Cardiólogos, psiquiatras, enfermeras son personajes que acompañan a la familia Paredes en esta etapa de sus vidas, y desde ellos, el lector conoce o rememora la visión académica del mundo durante esos años. En varias oportunidades, aparecen intercaladas las cartas que se envían estos personajes, y en ellas, se redimensionan los conflictos:

La señora Cecilia Paredes acudió a mi consulta a causa de una severa depresión, que ha ido empeorando en el transcurso del último año. Han aparecido síntomas de abulia agravada, seguida de anorexia crónica. [...] Me parece que dada la gravedad del caso, tendríamos que proceder a efectuar una cura del sueño. Yo me inclino por internar a la paciente en algún sanatorio de su ciudad, dado que ésta se encuentra más próxima a la localidad donde reside la señora Paredes. Le sugiero efectuar un tratamiento con barbitúricos e hipnóticos administrados por vía endovenosa.

[...] La paciente es una mujer joven todavía, tiene sólo cuarenta y cinco años y tres hijos [...] El objetivo de esta carta es darle mi opinión como colega, en aquello que yo considero mejor para esta paciente que le estoy derivando (Luzuriaga, 2012, pp. 33-34).

Cecilia se conoció con su esposo, cuando él empezó a trabajar pasando películas en el cine de Villarino, y luego de siete años de un noviazgo en el que mediaban doscientos kilómetros de distancia, se casaron. Ella es quien mantiene unida a la familia, no obstante la crisis inicial. Desde su discurso, el lector conoce por un lado, las opiniones de la gente del pueblo, lo que se comenta «por ahí»; y por otro, los planteos y las preguntas que surgen en quienes viven un tiempo de cambios, en el que lo recibido por tradición se contradice con el presente, y los dichos de los demás hieren, porque atentan contra los seres queridos.

Como ya se señaló, el lector es testigo de situaciones del mundo privado donde los personajes piensan o hablan de lo que ocurre y del miedo que sienten ante la posibilidad de que se descubra la verdad:

—Bueno, acá tengo el resultado.

[...]

—Es al pedo, no sigas leyendo que me pone más nervioso todavía. Esperá a ver qué te dice el ginecólogo cuando vayamos a Junín pasado mañana...

—Qué raro que sonó eso que dijiste.

—¿Qué dije yo ahora?

—Deberías haber dicho «esperemos a ver qué nos dice el ginecólogo», al fin y al cabo el asunto es de los dos, ¿no? (Luzuriaga, 2012, pp. 14-15).

Se sabe que Leticia, la hermana de Martín, está embarazada. Es una chica joven, soltera, y sería una deshonra para sus padres enterarse de que ha tenido relaciones antes de casarse, en especial para Cecilia:

¿Estaré embarazada? Encima Rodolfo dice que lo tengamos, que él se casaría conmigo. A mí la idea de tener un bebito me entusiasma, aunque sé que papá y mamá van a poner grito en el cielo. [...] Quizá lo mejor sea hablarlo con mamá, y que en definitiva ella me acompañe, porque este especialista es el mismo que atiende a mamá y a medio Villarino, con lo cual puedo encontrarme con alguna chusma de acá que después haga correr el rumor y mamá y papá se enteren. [...] Ella no es mala, pero con estos temas es muy chapada a la antigua, si nunca habló conmigo de nada relativo al sexo y los hombres, para mí que no lo va a entender y se va a poner furiosa. Ella debe pensar que Rodolfo y yo hacemos como ella y papá, que anduvieron siete años de novios y no pasaban de tomarse de la mano, yo lo sé porque fue lo único que me confesó con todo orgullo, que ella se había casado virgen (Luzuriaga, 2012, pp. 18-19).

Más avanzada la novela, Leticia tuvo dos hijos con Rodolfo, pero el matrimonio culmina en malos términos. Entonces, se va a vivir al Sur y se convierte en Testigo de Jehová. Allí forma una nueva pareja que resulta difícil de sostener, y es la misma Cecilia quien le plantea la posibilidad de una separación:

—Leticia, yo creo que tu padre nunca hubiera permitido que te casaras con el tipo ese... Yo no sé por qué todavía seguí con él después de todos los problemas que has tenido, y que hemos tenido, todas las angustias que hemos pasado. Para mí éste es un trago difícil, porque vos estás muy lejos, yo me tengo que bancar todo sola, acá... [...] (Luzuriaga, 2012, p. 83).

La historia del hermano de Martín presenta otros matices. Fabián es un hombre rebelde por naturaleza. Se trata de un personaje que cuestiona y desafía a la autoridad:

—Lo que pasa es que me fui de boca con el profesor de historia...

—No entiendo lo que decís.

—Él estaba hablando del primer gobierno peronista y después, como quien no quiere la cosa, se puso a criticar a la izquierda peronista, diciendo cosas fuera de lugar; y yo no me quedé callado y traté de discutirle, de darle argumentos en contra... pero la discusión fue subiendo de tono.

—¿Y por eso te puso amonestaciones?

[...]

—No, lo que pasa es que me fui de boca, porque él empezó a insultarme, empezó a hablarme de forma pedante dando a entender que yo era un pendejo que decía estupideces, y que hablo así porque tengo dieciocho años y no tengo ni idea de historia argentina. Me puso en ridículo delante de mis compañeros. [...] Ustedes no entienden nada porque no quieren entender nada. Lo único que les interesa es soñar con la casa linda que van a tener, el negocio, el trabajo y a los demás que los parta un rayo (Luzuriaga, 2012, pp. 12-13).

Capítulos más adelante, cuando Fabián se va a estudiar Medicina a La Plata, vive la pesadilla de las persecuciones durante el gobierno militar.

La ciudad le parecía horrible. Aunque tenía trabajo, podía pagarse el alquiler y estudiar, sentía que se ahogaba. Todo el entorno eran signos sigilosos y funestos, los operativos policiales, los rumores, las luces que se encendían súbitamente en la madrugada... (Luzuriaga, 2012, p. 46).

Finalmente, deja la carrera y se va a vivir a Italia, y a partir de ese momento, se desdibuja un poco su participación en la novela. Sólo aparece nombrado en el discurso de la familia que sufre la distancia.

DE NIÑO A HOMBRE

Cuando se inicia la novela, Martín tiene unos siete años, y sufre la tortura de los diagnósticos del mundo de los adultos: ligera disfunción motriz, «un trastorno que le impide volcar al papel todas las creaciones de su imaginación vibrante» (Luzuriaga, 2012, p. 24). Ya desde entonces, el protagonista asiste semanalmente a la casa de una psicopedagoga que «administra al niño» unos ejercicios diseñados para mejorar su «pobre» caligrafía (Luzuriaga, 2012, p. 24). Asimismo, padece de «inapetencia crónica», la razón de los desvelos de su madre.

Al enviudar Cecilia, se aferra de tal modo a Martín, que hasta lo hace dormir con ella. En una sesión con el psiquiatra, explica el porqué:

—¿Con quién duerme el nene, señora?

—Conmigo, doctor, ¿por qué lo pregunta?

—Porque la forma en que usted habla sobre él me lo hizo sospechar, y no me parece adecuado que el nene ocupe en la cama el lugar vacío de su marido.

—Lo que pasa, doctor, es que si no escucho el sonido de su respiración al lado mío, siento que me voy a morir, por eso me lo traje a mi cama (Luzuriaga, 2012, p. 33).

Tras la internación de Cecilia, Martín comienza a cambiar. En una suerte de metáfora de aceleración, Luzuriaga (2012) describe:

Martín se despertó, como siempre a media mañana [...]. Sentía un hormigueo en las piernas y, al enderezar la cabeza, vio que sus pies, más bien cortos hasta ahora, sobresalían, blancos y huesudos por debajo del extremo de la sábana. Lo mismo había sucedido con sus brazos que se habían estirado con un rechinar de goznes oxidados, hasta un punto tal, que el saco del pijama, antes holgado, sólo cubría hasta los codos. Era tanta su sorpresa que se asustó, y sólo atinó a llamar a su madre [...]. Su voz melodiosa y dulce había degenerado en una carraspera brutal, un ronquido que parecía provenir de una caverna (p. 48).

En la transformación de su cuerpo, también se incluye el reconocimiento de su sexo, pero Martín no entiende gran parte de esos cambios, puesto que nadie le ha explicado qué le ocurre.

A veces lo consumía la angustia, pero después recobraba la calma. Iba por el pueblo con la perspectiva cambiada: su cabeza se enredaba en las ramas de los árboles; la piletta antes ancha y profunda se había reducido a un vulgar estanque. Con el correr de los días descubrió que la cosa hacía su trabajo durante la noche, a juzgar por las manchas blancas que comenzaron a aparecer, a intervalos irregulares, en las prendas íntimas y el pijama (Luzuriaga, 2012, pp. 50-51).

Como no tiene referentes adultos con quienes pueda hablar sobre estos temas, recurre a un amigo que lo lleva a ver a una prostituta. Allí tiene su primera relación sexual que, si bien es celebrada por sus amigos —y eso lo anima—, siente que todo lo ocurrido tiene un sabor «extraño».

Martín crece y se muda a La Plata para estudiar Traducción. Conoce a otra gente, consigue trabajo, y se anima a consultar a una psicóloga por sus angustias. Durante la primera sesión, asume que algo está mal encaminado:

—Mi cuerpo me habla desde hace años y yo no entiendo, o mejor dicho, de un tiempo a esta parte, me hago el que no entiendo... Eso me pone nervioso, cuando me pongo nervioso se me aceleran los pensamientos... me sale un contrapunto mental que me ayuda a sobrellevar ciertas situaciones.

—¿El contrapunto mental?

—Lo que pienso para mis adentros, ¿no? Lo que no le digo a nadie, que es como una amenaza latente... por tu cara parece que no entendés muy bien a dónde quiero llegar...

—¿No entendés lo que tu cuerpo te dice? (Luzuriaga, 2012, p. 70).

Entre la gente que conoce, está el Rafa, un hombre del ambiente teatral, por quien Martín siente una mezcla de veneración y éxtasis. Hacia el final de la primera parte, este personaje le da un beso al protagonista, y nada más se dice sobre su relación. Lo próximo que se sabe, ya en la segunda parte, está incluido en una carta de Leticia a su madre:

Lo digo sin más: resulta que me he enterado [...] que Martín vive con un hombre, con lo cual está en pecado mortal ante los ojos de Dios. Yo sé, mamá, que éste es un trago difícil para vos, y que probablemente nunca vas a poder aceptarlo, porque soy muy consciente de los valores que nos inculcaste, y por los cuales te has guiado toda la vida.

[...] Pienso en él y más me atormenta el recuerdo de ese chico bueno y tímido, siempre respetuoso de sus mayores, tan sobresaliente en la escuela y que tantas alegrías nos dio. No sé qué mal le oscureció el corazón [...]. A lo mejor, vos le podés aplicar algún correctivo (Luzuriaga, 2012, pp. 95-96).

En este punto, el vínculo entre Cecilia y Martín se quiebra, porque ella cree que falló como madre. Vive atormentada por la vergüenza de tener un hijo homosexual, y sólo tiene pensamientos persecutorios sobre las enfermedades

que tal vez se haya contagiado Martín. Lo insulta, lo rechaza como hijo, lo niega para siempre.

Entonces, Cecilia vuelve a ver al psiquiatra que la había atendido cuando enviudó, y retoma la terapia. Él le recomienda lecturas para que la ayuden a entender de qué se trata todo ese mundo desconocido para ella y le prescribe tranquilizantes.

La vida de Martín es un continuo aprendizaje mientras vive en La Plata, hasta que un día, se entera de que Cecilia ha intentado suicidarse. En consecuencia, la familia vuelve a reunirse, Leticia y Martín regresan a Villarino para cuidar a su madre, y Fabián, aún en Italia, reaparece en escena.

Con esta última crisis, la relación de pareja entre Martín y el Rafa llega a su fin. Sin embargo, no se siente solo, porque sus amigos de La Plata lo acompañan en todo momento. En cuanto a lo familiar, un nuevo vínculo se forma entre el protagonista y su madre, y eso les permite a ambos afianzarse en sus identidades y prescindir de lo que otros digan.

A lo largo de la novela, Martín pasa por distintas situaciones en las que debe superar obstáculos de toda índole: los presupuestos que impone la sociedad, la falta de información con la que debe aprender a hacerse adulto, la imposibilidad del diálogo sobre las dudas que le surgen, la aceptación de la familia ante sus preferencias sexuales.

Es probable que, al lector, le resulte un tanto abrupto el final, y seguramente, sienta la necesidad de saber cómo siguieron las vidas de los personajes. En realidad, no parece haber sido la intención del autor el dar un final feliz o un final trágico a su novela. Así como cuando termina un sueño, uno despierta y se inicia algo diferente, sólo se trata de un final, que muchas veces —o casi siempre—, implica un nuevo comienzo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Franklin, H. B. (2011). *Vietnam y las fantasías norteamericanas*. Buenos Aires: Final Abierto.
- Franklin, H. B. (2012). *War Stars*. Buenos Aires: Final Abierto.
- Puig, M. (1968). *La traición de Rita Hayworth*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Puig, M. (1969). *Boquitas Pintadas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Riveira Blanco, M. (2012). *Sobre Algún día despertarás...* (Manuscrito inédito).